



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

1 – La marcha hacia Roma

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

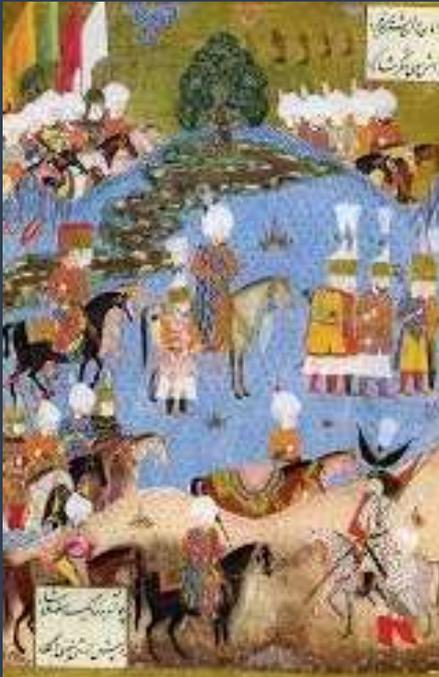
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 1 – La marcha hacia Roma



Como relatábamos ayer¹ a la noble concurrencia que nos escucha, *Marín² se había adelantado para avisar a su tío de que la embajada había llegado, y cuando entró en el salón, en donde Federico estaba presidiendo su Consejo, toda la asamblea se puso inmediatamente de pie para recibirle.

– ¡Bienvenido sea mi *figlione* Marín! –exclamó jubiloso Federico– Demos las gracias a Nuestro Señor Jesucristo que te ha devuelto sano y salvo. Pero, vamos, siéntate aquí – prosiguió Federico haciéndole sitio a su lado.

– ¡No, tío; éste no es momento de sentarse! –replicó apresuradamente el joven.

– ¿Pues qué es lo que pasa, *figlione*?

– Pues pasa que ha llegado el embajador del *rey* y hay que ir a recibirle.

– Vamos a ver, Marín, pero ¿qué historia es esa? –le contestó el emperador lanzándole una severa mirada a su sobrino– ¡Por mis barbas! ¿Vienes bebido, o es que has perdido el juicio?

– ¡Nada de eso! ¡Estoy totalmente sobrio y mi razonamiento es perfecto! Y, además, ¿por qué me hablas así, oh *babb*? ¿Qué he dicho yo de extravagante?

– O sea que... –ironizó Federico– ¡Tú me dices que yo, emperador de los francos, soberano de no sé ni cuántos reyes y *babbs*, vaya a recibir a un simple embajador! ¡y tú eso lo ves muy normal! ¡Por el honor de mi religión, si esa propuesta no es la de un borracho, que venga Dios y lo vea!

– ¡Basta ya, mi querido tío; te digo que no estoy borracho!

– Y a ti, cuando fuiste al país de los musulmanes, ¿es que fue el rey a recibirte?

¹ Ver el último capítulo del volumen IX - *Jaque al Rey de Roma*.

² Los personajes cuyo nombre va precedido de un asterisco, es que ya han aparecido anteriormente, y además se mencionan en la lista onomástica del capítulo 1, dedicado a la presentación de este nuevo volumen.

– Por supuesto que sí; se desplazó desde El Cairo hasta Alejandría, que está a siete días de marcha, y me acogió con los máximos honores. Así que, dime: ¿sería mucho pedirte que hicieras tres horas de camino para ir a recibir a su embajador?

– ¿Es verdad que eso sucedió así?

– ¡Desde luego que sí! ¡Por mi religión, bien sabes que a mí no me gusta mentir!

– En ese caso –continuó Federico impresionado–, si el *rey* de los musulmanes ha cabalgado durante siete días para ir a tu encuentro, bien puedo yo recibir a su embajador a la cabeza de mis tropas; es lo menos que puedo hacer.

Entonces, Federico mandó a buscar en el acto al jefe de los pregoneros públicos:

– Reúne a la gente de tu gremio –le dijo–, y pregonad por toda Roma, la madre de las ciudades, el siguiente bando:

Por orden de Federico, emperador de los francos, se hace saber, y ordena a la población, que procedan de inmediato a adornar la ciudad, poniendo colgaduras en las calles, mercados, caravasares, baños públicos y posadas. Todo tendrá que estar colocado desde la llegada del embajador del rey de los musulmanes, hasta su partida. El babb Federico ha jurado por su religión que todo comerciante o administrador de un caravasar que no adorne suntuosamente su establecimiento, será ahorcado a su puerta.

Los trabajos de embellicimiento deberán estar acabados antes de que se presente la embajada.”

El pregonero, tras saludar respetuosamente, se fue a transmitir la orden del rey; rápidamente, los habitantes adornaron sus moradas, y pronto la ciudad mostró su cara más festiva. Mientras tanto, Federico ordenó a los grandes de su reino que formaran un cortejo con sus tropas; luego, llamó a su *rakebdâr* (el jefe de los palafreneros) y le ordenó que escogiera el mejor y más hermoso caballo de sus cuadras, para ofrecérselo al embajador, y que lo enjaezara con una silla de montar cuajada de piedras preciosas, propiedad del emperador. Aunque bien es cierto que esa montura, a pesar de ser soberbia, no lo era tanto como la suya.

Poco después, se formó el cortejo y se puso en marcha. Federico se había rodeado de los grandes de su reino, visires y dignatarios; a su lado, cabalgaba su sobrino Marín, que le iba contando cómo Ibrahim había matado al Ogro Espantoso, y todo lo que ya hemos relatado a los nobles señores que nos escuchan¹. El babb, al escuchar esta historia, sintió una profunda admiración por el valiente capitán, y dijo a su sobrino:

¹ Ver el último capítulo del volumen anterior: IX - *Jaque al Rey de Roma*.

– Si es cierto que el hijo del Korani¹ ha matado al Ogro Espantoso, nos ha prestado un enorme servicio, y jamás podremos recompensarle como se merece.

El cortejo prosiguió su marcha, acompañado por un inmenso gentío, que se empujaba y empinaba para ver mejor: era tal la expectativa, que todos los habitantes de la ciudad se habían echado a la calle para disfrutar del espectáculo, y en las casas no habían quedado más que los viejos y los impedidos.

Al llegar ante el pabellón en donde se encontraba el emir *Edamor, el *babb* Federico vio la cabeza del Ogro Espantoso clavada en la punta de una lanza de hierro, delante de la entrada. Sorprendido, hizo la señal de la cruz, luego, bajó de su caballo, y entró sin hacer ruido. Una vez franqueada la puerta, se quitó el sombrero y lo llevó hasta el suelo a guisa de saludo²; inmediatamente, los soldados que representaban a los emires y los *fidauis*³ del Consejo Real se levantaron de sus asientos. Al darse cuenta de con quién se las tenía que ver, Edamor tuvo un movimiento instintivo de imitarles, pero en el acto sintió que le daban un golpecito en la espalda: era *Ibrahim que, con la parte plana de su hacha de guerra, le llamaba discretamente al orden. Edamor miró hacia arriba y vio al León del Horân, que le fulminaba con la mirada, las cejas fruncidas, el rostro rojo de furor, los ojos desorbitados como las copas de una ventosa; entonces, Edamor se quedó inmóvil, al entender que al menor gesto que hiciera, Ibrahim le mataría allí mismo.

En cuanto al *babb* Federico, tanto había oído hablar a su sobrino sobre las hazañas de Ibrahim, y sobre todo de su combate con el Ogro Espantoso, que cuando su mirada se posó sobre él, el Creador (¡loado y exaltado sea!) suscitó en su corazón un terror tan profundo que se creyó ante otro monstruo que, con las fauces abiertas, se disponía a devorarlo, y contra el que todo su reino y sus ejércitos le parecían irrisorios.

A la derecha de Edamor había un trono algo menos elevado que el suyo; Federico se sentó allí, con la cabeza baja, mientras que los dignatarios que le habían acompañado, se acomodaban cada cual, según su rango. Solo entonces, Edamor saludó a Federico y a los grandes de su reino, dándoles la bienvenida con la mayor de las cortesías, como si se tratara de viejos amigos que se encuentran tras una larga separación. Los coperos sirvieron unos refrescos, que todos bebieron de buen grado. Mientras tanto, los cocineros de Federico habían montado unos fogones sobre los que habían suspendido unas marmitas

¹ Así es como los francos llaman a Ibrahim El-Horâni. “Korani” es una deformación de “Horâni”; la sustitución de la *h* fuerte árabe por una *k*, es considerada tradicionalmente, como un rasgo característico de la pronunciación de griegos y armenios afincados en Levante.

² Conforme a la costumbre oriental tradicional (en la actualidad caída en desuso) un hombre respetable debe conservar la cabeza cubierta en cualquier circunstancia; ese saludo de los francos, aquí aparece como “exótico” y algo cómico.

³ Este término designa a los mercenarios de ambos bandos; mitad guerreros, mitad aventureros, y más en concreto, a los ismailíes, que han entrado hace poco al servicio de Baïbars.

para cocinar los corderos que habían degollado, junto con otra gran cantidad de manjares. Pronto, se colocaron las mesas en el pabellón de Federico, y éste pudo invitar a Edamor:

– “*Banir*¹, *signore*”.

Los dos príncipes se sentaron a la mesa, seguidos de Ibrahim y de *Saad. Ibrahim se remangó hasta los codos y se abalanzó sobre los platos, agarrando con ambas manos todo lo que se le ponía por delante y devorándoselo, para gran asombro de Federico, que jamás había visto a nadie con un apetito tan feroz. Ibrahim prosiguió con su comilona devastadora durante largo rato, incluso después de que los invitados, ya satisfechos, hubieran acabado de comer, y no se retiró de la mesa hasta haberse rebañado todos los platos.

– ¡Por mi religión –pensaba Federico– este *ghandar*² es verdaderamente extraordinario, *bono razón*³! ¡Si en la mesa se muestra de este modo, en el campo de batalla debe ser terrorífico!

– ¡Alabado sea Dios! –exclamó Ibrahim una vez satisfecho su apetito.

– ¡Que te haga buen provecho! –respondió Federico dándole una amistosa palmadita en la espalda– ¡Que Dios te conserve esa salud mucho tiempo!

Después, los sirvientes quitaron la mesa, los convidados se lavaron las manos, y se pasó al café y los refrescos, mientras Federico conversaba con Edamor:

– ¡*Signore*, por mi fe y mi religión, vuestra llegada es para nosotros una fuente de bendiciones! El valiente guerrero que ha matado al Ogro Espantoso y nos ha desembarazado de esa fiera, bien merece su recompensa. Por mi vida, que pida lo que quiera, porque yo no le negaré nada.

– El hombre que lo ha matado –respondió Edamor señalando a Ibrahim– es el *salahdâr*⁴ del Comendador de los creyentes.

– Formula tu deseo, hijo del Korani –prosiguió Federico.

– ¿Que yo formule mi deseo? ¡Pues bien, no me andaré por las ramas! He traído hasta aquí la cabeza del Ogro Espantoso para ofrecértela como regalo, y como no quiero que se eche a perder mi mercancía, ¡me contentaré con su peso en oro, *cabarda*! Como tampoco he podido olvidar a los grandes de tu reino y a tus visires; les he traído la fruta de la Isla Esmeralda, que estoy presto a entregársela, también contra su peso en oro, libra por libra.

¹ En *lingua franca*: “venir” “venid”.

² En *lingua franca*, tratamiento de cortesía equivalente, más o menos, a “señor, caballero, mi sire” (el origen y sentido exacto son desconocidos).

³ En *lingua franca*, epíteto laudatorio (probablemente de origen castellano).

⁴ Tratamiento de origen persa; en el “Baïbars”, viene a ser el equivalente al “Capitán de la guardia real”.

– Hijo del Korani –respondió Federico–, en lo que a mí concierne, estoy dispuesto a comprarte la cabeza del Ogro Espantoso al precio que pides, ¡pero en cuanto a mis visires, francamente, creo que exageras un poco!

– Escucha, *babb*, tú gozas de una gran reputación en el mundo entero, y solo por eso yo he venido a tu casa; ¿vas ahora a regatearme unas miserables *jaznehs*¹, cuando mis poemas podrían immortalizar tu generosidad ante las futuras² generaciones? Por la cabeza de nuestro señor el sultán, no las venderé más que por su precio en oro.

– De acuerdo, sea, hijo del Korani –otorgó Federico–, pero solo por darte ese gusto... Vosotros –prosiguió dirigiéndose a ministros y dignatarios– repartíos la fruta y ved a cuánto asciende el total.

Ibrahim hizo que trajeran las cajas de fruta. Los visires y los grandes del reino fueron los primeros en servirse; se repartieron la mercancía y la pesaron cuidadosamente, conforme a las reglas del comercio; luego llegó el turno de los comerciantes y de los cónsules de alto rango, cada uno, según sus posibilidades... Porque sí; Roma es una gran metrópoli, una de las más grandes y pobladas del mundo: gloria a Aquel que provee a las necesidades de todas las naciones. Los cronistas, para dar una idea de la amplitud de esta ciudad, afirman que su perímetro, es decir, la longitud de las murallas que la rodean, es de cuarenta kilómetros.

En menos de una hora, la fruta fue repartida y su peso registrado. También se pesó la cabeza del Ogro Espantoso y se calculó a cuánto se elevaba todo el montante: la suma alcanzaba veinticuatro *jaznehs*. El *babb* Federico redactó un recibo reconociendo la deuda y se lo entregó a Ibrahim, precisándole lo siguiente:

– Yo me encargaré personalmente de entregarte esta suma: te doy mi palabra.

– ¡Tu palabra es la mejor garantía, *babb*! –Respondió Ibrahim sin pestañear.

Como ya casi era mediodía, Federico se dirigió a Edamor:

– *Signore*, ya nos hemos quedado aquí demasiado tiempo: si te parece bien, es el momento de hacer nuestra entrada en Roma.

– De acuerdo –respondió el emir.

Al momento, Ibrahim se precipitó fuera del pabellón para presentar a Edamor su montura, como señal de respeto hacia el sultán y para hacer rabiar a esos canallas de francos. Enseguida vio al jefe de los palafreneros de Federico, que sujetaba las riendas de

¹ Moneda utilizada en el período otomano (por tanto, aquí es anacrónica) y que podría equivaler a unas 10 000 monedas de oro.

² Ibrahim se vanagloria de ser un elegido de las musas; pero sus poemas, en realidad son como aleluyas de penosa construcción y tremendas rimas, de los que, a lo largo de este volumen, hallaremos varios ejemplos.

dos caballos: el primero, era el de Federico, y el segundo, el destinado a Edamor. Pero, Ibrahim se dio cuenta de que el caballo de Federico era claramente superior al otro, y que la silla que llevaba, cubierta de joyas y metales preciosos, era realmente de un valor incalculable. Así que, de pronto, Ibrahim agarró firmemente la brida del caballo del emperador, totalmente decidido a entregársela a Edamor.

– Alto ahí, *ghandar* –le advirtió el jefe de los palafreneros– Ese es el caballo del *babb* Federico: si quieres coger el del embajador del *rey* de los musulmanes, es el otro.

– No; precisamente éste es el que necesito –replicó Ibrahim con todo su aplomo.

– ¡Así que ahora lo que necesitas es el caballo del *babb*! Dime, hijo del Korani ¿has perdido el juicio, o qué?

– ¡Cómo te atreves a decirme que he pedido el juicio, jodido cabrón! ¡Espera y verás!

Con un ligero revés de la mano, lo mandó rodando con armadura y todo, con cinco dientes de menos, cuatro muelas en el suelo y la boca llena de sangre; después se amparó de las riendas del caballo y se alejó apaciblemente. El desgraciado palafrenero corrió a quejarse a Federico, que acababa de salir del pabellón en compañía de Edamor.

– ¡Justicia, oh *babb*! –lloriqueaba–. ¡Mira en qué estado me ha dejado el hijo del Korani!

Al ver correr la sangre a chorros de su boca, Federico le preguntó:

– Y tú, *marfûs*, ¿qué le has hecho para que te trate de esa forma?

– ¡Por el honor de mi religión, yo no le he dicho ni media palabra! Es él quien me ha atacado para coger tu caballo y dárselo al embajador del *rey*. Entonces, yo le he dicho: “¡Cuidado, *ghandar*, ese es el caballo de Federico!, y él me ha respondido “¿y a mí que me importa de quién sea ese caballo?”, y me ha dado un puñetazo que me ha hecho saltar todos los dientes.

– ¡Ah *marfûs*, ah *kufurti kanayas*! Y tú, que te has atrevido a hablar en ese tono al hijo del Korani, ¿pretendes decirme que no le has provocado? ¡Ya puedes darte por satisfecho de que no te haya hecho la *mantara*¹! ¡Ale, largo de aquí, fuera de mi vista!

– No nos juzgues con rigor por este lamentable incidente, hijo del Korani. Si así lo deseas, estoy dispuesto a marchar andando, por consideración hacia ti.

– ¡No, no; faltaría más! –protestó Edamor– Te lo ruego, coge tu caballo.

– No *figlione*, ¡hazme ese honor!

Y así estuvieron dedicándose todo tipo de palabras corteses, hasta que, por fin, fue Edamor el que montó en el mejor caballo, y Federico, en el segundo. Los francos quedaron tan cruelmente humillados de ver a Edamor sobre el caballo del *babb*, que este

¹ En *lingua franca*: “matar, matado”

último, sintiendo que se le venía encima una revuelta, hizo a su invitado la siguiente propuesta:

– *Figlione*, vuelve a tu sitio, que yo voy a vigilar que se mantenga el orden en el cortejo.

Dando media vuelta, se puso a la cabeza, poniendo orden en las columnas de los francos; luego, las tropas musulmanas que, como os acordaréis, se componían de fidauis del Horân y del Baysân, además de quinientos mamelucos. El destacamento musulmán iba precedido por la cabeza del Ogro Espantoso, clavado en la punta de una lanza; luego marchaba Edamor, vestido con la ropa de honor del sultán y con el caftán *otshtojli*; le flanqueaban, a su derecha, Ibrahim, con la mano sobre la empuñadura de su *shâkriyyeh*, y, a su izquierda, Saad, con el mismo aire marcial.

Una multitud inmensa y abigarrada se apiñaba a cada lado del desfile, a lo largo de toda la distancia que les separaba de la puerta de la ciudad. Durante cuatro horas, el cortejo marchó lentamente, mientras Federico andaba atareado calmando a sus tropas.

Dejémosles marchar hacia Roma y descubramos una nueva fuente de apuros para Federico.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.2 – Fannâs “El Canalla” desafía a Ibrahim